

OCTAVO TRIMESTRE. 30 de abril de 1839.

CAPILLADA 139. (87 DE MADRID.)

FR. GERUNDIO,

*Si quis dixerit absque ratione
gloriarí Tirabequem meum de
eo quod in castellana cuna ar-
rullatus fuerit, anathema sit.*

Si alguno dijere que Tirabeque
no tiene motivos de jactarse de
haber sido arrullado en cuna
castellana, le mando esta misma
noche á cenar con Cristo.

CONC. 5. GER. CAN. 9.

«JURAD SOBRE ESTA TUMBA, CASTELLANOS,
ANTES MORIR QUE CONSENTIR TIRANOS.»

Aunque os hablo de «esta tumba,» herma-
nos míos, si quier seais castellanos, siquier es-
tremaduros, siquier nacierais en Jerez de la
Frontera, siquier en Vega de Infanzones, que
cada uno nació donde á su madre le llega la
hora de parirle; aunque os hablo de «esta tum-
ba,» digo, no creais que Fr. Gerundio os diri-

ge su voz pastoral desde el nicho de un cementerio, ó hallándose de cuerpo presente en medio de la nave mayor de la parroquia de San Sebastian. Si en tal situacion me encontrase, os juro, hermanos míos, que no desplegaría mis labios, ni fatigaría vuestra atencion y vuestros oídos con mis palabras. Pero yo me alegraré que esta capillada os halle á vosotros de cuerpo presente en alguna iglesia; se entiende, pidiendo á Dios por la salud y acierto de vuestro devoto y humilde predicador Fr. Gerundio. Idea sublime, que he tomado del insigne Mateo, el escudero de D. Quijote de la Cantabria, cuando escribia á su amada esposa, que era una asturianota de unas carnes como una vaca.

Desde mi celda os escribo: sino que á imitacion de San Gerónimo, de quien se cuenta que todos los domingos iba á visitar las catacumbas de los mártires del cristianismo en Roma, así va mi Paternidad los más de los días á ver el sepulcro de los mártires de la independencia española que se está acabando de erigir junto al paseo del Prado de Madrid. Con la diferencia que San Gerónimo dice que cuando se encontraba en aquellos funebres lugares, le parecía que se estaban verificando en él aquellas palabras de Salmista: *«descendit in infernum»*

vivens: descendió á los infiernos vivo.» Y á mi cuando voy á ver el monumento del *Dos de Mayo*, se me figura que se están cumpliendo aquellas palabras del Credo: «*et ascendit in caelum*; y subió á los cielos;» así por las caras de gloria que en aquellos sitios se dejan ver por las tardes, como por los soles que suelen reemplazar al astro luminoso, cuando se marcha á alumbrar otros países, según costumbre diaria de muchos años. Sin embargo que en aquellos lugares mistos de vivos y de muertos temo que sea mayor el número de diablillos que tienen las almas, que el de angeles que iluminen y enseñen el camino de la salvación. Sea todo por amor de Dios.

Paseábamos pues ayer tarde por estos sitios Tirabeque y mi reverendísima persona, y llamarónnos la atención las inscripciones colocadas á los dos lados del monumento, y mas principalmente la que cae á la izquierda subiendo al Buen Retiro, que dice así:

«Jurad sobre esta tumba, castellanos,
antes morir que consentir tiranos.»

Señor, me dijo Tirabeque; á ver si tengo yo razón en vanagloriarme de que mi madre me pariera en la tierra de los ministros de ahora. Mire vd. como no dice una palabra de galle-

:

gos, ni de catalanes, ns de andaluces ni de otras tierras. ¿Por qué será? Porque *nosotros*, si señor, los castellanos somos los que hemos de acabar con los tiranos; tiene razon el rétulo ese.—Calle uzte, zeo moztrenco (le dijo un andaluz que le escuchaba) ¿uzte no conose que eso ha sío un yerro de imprenta?—¿Qué ha de ser yerro de imprenta, (le contestó Tirabeque), si eso está hecho á mano? Me enseñará vd. á mi lo que son imprentas; ¡á mi que soy un eseritor público!!! ¿Vd. ha visto alguna vez imprimir en piedra con letras de oro?—Y mucho que sí; en mi tierra se imprime con oro en las piedras y en toas partes.—¿Qué se ha de imprimir con oro? se ímprimirá con ge.....

Le cogí de un brazo sin dejarle pronunciar la palabra, porque me temí que no parára en bien la disputa. Decíame despues; «Señor, es mucha tierra la nuestra! Ya se ve; ¿cómo han de decir, pongo por ejemplo, á los catalanes, que acaben con los tiranos, si les están consiguiendo ahora mismo?—No es eso, hombre; sino que por Castellanos se entenderá aqui *españoles*, asi como el diccionario de la lengua se llama diccionario de la lengua castellana, aunque es de la lengua nacional ó española. Además que como el suceso á cuya memoria se consagra el

monumento pasó en Madrid, y Madrid es la capital de Castilla la Nueva....—Si señor, pero eso de no consentir tiranos parece que debía entenderse con los españoles todos, y como los tiranos no se destruyen con la lengua ni con los diccionarios, sino con las armas, aquí no tiene lugar lo que vd. dice de la lengua castellana. No señor; ese será un honor que habrán querido hacer á nuestra tierra, porque sinó pareceme que debieran haber puesto *españoles*, que lo mismo les costaba, y escusabamos de meternos en cuestiones con los andaluces, que si vd. no me hubiera agarrado del brazo, qué sé yo en que hubiera parado la cosa.

Ademas, mira: si dijera; *Jurad sobre esta tumba, españoles*, ni salia la medida del verso, ni concertaba con *tiranos*.—Señor, entonces quiere decir que los *castellanos* los pusieron para los *tiranos*. Pues muchas gracias.—¿Qué quieres? La fuerza del consonante. Si dijese, aun consiguiendo la medida del verso:

Jurad sobre esta tumba, oh españoles,
antes morir que consentir....

¿Cómo concluirías tu el verso? Vamos á ver.
—Señor, yo pondria:

antes morir que consentir... *faroles*.

Un dependiente de policía urbana que oyó á Tirabeque recitar el último verso, no se anduvo en chiquillas, y me le alumbró un cachete, diciendo: «oiga vd., seo pícaro: ¿cómo que *antes morir que consentir faroles?*—Y oiga vd. bárbaro, replicó Pelegrin; ¿y vd. sabe la fuerza que tiene un consonante? Si vd. no sabe de poesia, vaya vd. á la escuela, so bruto, y no pegue vd. á nadie. Con que por la fuerza del consonante nos entregan á todos los de mi tierra á los tiranos, y tenemos que sufrirlo, y vd. maltrata á un hombre de bien porque ha traído faroles para los españoles.—Perdone vd. que yo creí que lo que vd. queria era quitarlos. Pero si vd. los ha traído, es otra cosa.—Pues otra vez aprenda vd. á entender á los poetas.

Y ya que vd. habla: ¿no me podrá vd. decir porqué han de estar ahí esos *tiranos*? ¿No estarían mejor en ese sitio unos *traidores*?—Tu que tal dijiste! Como un cohete se nos echó encima otro satélite que dijo ser *agente de protección y seguridad pública*, que de buenas á primeras me queria llevar á Tirabeque á la cárcel.—A mí ¿porqué? le decia Pelegrin.—Vd. venga conmigo; y yo le diré á vd. si estaban aquí mejor los *traidores*.—Si señor, lo dicho

dicho.—Pues venga vd. á la carcel.—¿Porqué?
¿Porque digo la verdad?

Ya tuve yo necesidad de tomar cartar en el negocio diciéndole al esbirro: «vd. no ha entendido el pensamiento de este mancebo. Lo que hay aqui es que estabamos hablando de esa inscripcion del monumento, y dice este mozo, que en su entender en vez de:

antes morir que consentir *tiranos*,

estaria mejor:

antes morir que consentir *traidores*.

Y en efecto creo yo tambien que es voz mas propia para esplicar el hecho que se recuerda, porque *traicion* fué, mas que *tiranía*, lo que con estos heroicos españoles se ejecutó en aquel dia memorable. Ni la voz tirano es la mas adecuada para significar un invasor extranjero.—Y si este hombre no sabe esplicarse, ¿que culpa le tengo yo?—Y si vd. no entiende de poesia, le replicó Tirabeque, remedándole el gesto y la voz, ¿qué culpa le tengo yo á vd?

Asi terminó este incidente, concluido el cual, le dije á Pelégrin; «¿y á quién habias de traer para concertar con *traidores*?—Traheria á los *senadores*, señor; ¿tan mal consonante era?—No; el consonante no es malo; el pensamiento

es el que podía arguir un poco de malicia.—
 Pues mire vd., señor; lo he dicho sin malicia
 ninguna.—Lo creo: tambien la academia tra-
 heria sin malicia los castellanos para los tira-
 nos. ¿Y no notas algo mas en el último verso?
 —Señor, un poco suena asi como á gallina que
 acaba de poner, que parece que la estoy oyen-
 do salir del neal haciendo asi: *tir, tir, tir, tir,*
tirá, tirtirá.—En efecto, hombre; ese *tir tirá-*
nos un poquillo de sonsonete hace, pero eso es
 efecto de las letras mismas de que se compo-
 nen las palabras.

En seguida fuimos á ver la inscripcion del
 otro lado que decia asi:

A LOS QUE MUEREN DÁNDONOS EJEMPLO,
 NO ES SEPÚLCRO EL SEPÚLCRO, SINO TEMPLO.

La cual me recordó el dicho de Alvar Nu-
 ñez en el *canto de Alfonso VIII*, por
 Ulloa:

Y en la vida culpable de los reyes,
 no son *vicios* los vicios, sino *leyes*.

No me faltaba, á mí Fr. Gerundio, tal cual
 reparillo que poner á esta segunda ins-
 cripcion en pago de los que la academia
 puso á las del ayuntamiento; pero ni de este
 lema ni de las cuatro estátuas que descansan

sobre el basamento del cenotafio, y que me parecieron muy bien, le place á mi Paternidad decir hoy mas, tanto porque me estenderia demasiado, como porque creo que el dia de la solemne inauguracion del monumento no dejará de suministrar materia curiosa para decir otro poco.

Y bien, Tirabeque; cuando tu te mueras, ¿qué epitafio te parece que pondremos á tu tumba?—Señor, no habia inconveniente en poner este:

Aqui yace Fr. Pelegrin,

Que fué un lego como un serafin.

O tambien se podia poner:

Yace Tirabeque en este sepulcro,

Que ademas de ser un lego muy pulcro,

Dijo muchas verdades á los ministros.

Alabado sea Cristo.

—No estaria mal cualquiera de ellos; pero yo creo que á tí te venia como de molde, sin necesidad de añadir una coma, el epitafio que Simónides y Temístocles pusieron á un tal Timacreon de Atenas, poeta mordaz y satírico, en venganza de haberles censurado en sus sátiras. Decia asi: «*Pasé mi vida comiendo, bebiendo, y diciendo mal de todo el mundo.*» Tirabeque

dió un cuarto de conversión sobre la izquierda, y se marchó amostazado dejándome solo en el paseo.

OTROS DOS GAVIRIAS.

Imposible es que mi capilla no esté tocada al iman como la aguja náutica; porque atrahe las materias lo mismo que si estuviera cargada de magnetismo. Si hablo de un simulacro, á la capillada siguiente se presenta otro simulacro. Si trato de hierros, al momento se presentan otros hierros. Nombro el viernes seis Gavirias, y el sábado por la mañana se presentan otros dos Gavirias de que hablar. No puede uno tocar un punto sin que al instante salgan otros puntos de la misma materia, trabados como cerezas, ó enganchados como los pollos de Bertoldino. Si Newton descubrió la atracción de los cuerpos solo porque estando á la sombra de un manzano le cayó una manzana en la cabeza (buen provecho le haga el coscorron), ¿qué fuera si hubiese vivido en estos tiempos y se hubiera encasquetado por dos minutos la capilla gerundiana? Quizá hubiera descubierto que la lana era el cuerpo mas atractivo del mundo. Ve ahí porqué no en valde dice el cantar:

No te arrimes á frailes,
 dama melosa,
 mira que la estameña
 es pegajosa.

Pero estos otros dos Gavirias de que hoy me toca hablar no son toros como los seis de la capillada última, sino dos niños como dos soles; como quien dice Costor y Polux, ó San Justo y Pastor, á quienes llaman comunmente *los santillos*, por haber sufrido el martirio juntos en la edad de la infancia: en una palabra, dos niñitos de Gaviria que se hallaban de educandos en uno de los colegios de la Escuela Pia de Madrid: que el hombre asi puede tener toros pastando en dehesas, como hijos estudiando en colegios. Unicamente lo que no está admitido en buena sociedad es que los hijos pasten en dehesas y los toros se eduquen en escuelas pias.

Pues estos inocentes, de edad de nueve á diez años (los de Madrid ya saben el suceso, pero á los hermanos de las provincias necesito referírsele), se hallaban muy tranquilos en su colegio, cuando á las siete de la mañana del 27, dia del cumpleaños de la Reina Gobernadora, se presentó un hombre con un coche y una esquila supuesta del Sr. Gaviria, en que decia al rector que con motivo de la solemnidad del

dia, y de dar un convite en su casa, esperaba tuviese la bondad de permitir salir á los niños, pues deseaba tenerlos aquel dia á su lado, á cuyo efecto enviaba el coche que los habia de conducir. El rector no tuvo inconveniente en acceder á la razonada petiecion de su padre. Entráron los niños en el coche y.....¡Oh admirable y estupendo progreso en el arte de birli-birloque! ¡Oh nuevo é inusitado modo de ejercer el *rapio rapis*! ¡Oh hasta ahora desconocida manera de dar asueto á escolares! El supuesto encargado conductor, en lugar de dirigir el coche á la casa del Sr. Gaviria, le hace salir por la puerta de los Pozos, y lleva á los pobres niños por esos campos de Dios, segun pindosamente se cree, á ponerlos bajo la férula de Palillos, ó de algun otro maestro de escuela de esos esculapios que andan enseñando gramática, religion y moral por los campos de la Mancha y montes de Toledo, que sin duda admirarán gustosos á los dos tiernos alumnos en clase de pensionistas por la módica pension de medio millonajejo cada uno, ú otra friolera asi por via de aprendizaje, que ese y no otro puede ser el objeto del rapto.

Es menester confesar que los antiguos fueron muy zoquetes en esto de robar personas. Roba-

ron los Sicheimitas á Dina, hija de Jacob, pero bien la pagaron; porque Simeon y Leví, sus hermanos, tomaron la cosa por donde quemaba, y les sacudieron una felpa que los brearon. Robó París á la linda Elena, y por cierto que no lo contó por gracia el mancebo.

Parecióles á los griegos que los niños nadie les podría arrebatarse mas que *la aurora* para gozar de sus inocentes caricias; y para significarlo inventaron la voz *arpago* que quiere decir *yo arrebatado*; y llamaban á estos robos *raptos del dia*, por ser la *aurora* nuncia y conductora de la luz. En un bajo relieve de una tumba que existia en el capitolio se veia aun á la aurora en actitud de arrebatarse á un niño. Tontos! Bien se conoce que entre aquellos hermanos no habia facciosos.

Pero robar dos niños de una Escuela Pia, con el permiso del rector y de su padre, de dia, en una capital y en un coche, vive Dios que ni los griegos lo imaginaron, ni nuestros delanteros lo pudieron discurrir, ni á nuestros traseros les queda ya que acicalar en la materia, ni nosotros mismos creeríamos que en nuestra edad habia llegado á tanto la ingeniatura de los hombres. El dia menos pensado se acuesta uno muy tranquilo en su cama, y por la mañana despierta en brazos de Palillos, ó amanece en la venta del Toboso emparejado con el Feo de Buendía. Y tales ve uno las cosas, que no será extraño que el mejor dia al entrar los ministros en consejo para resolver definitivamente *la cuestion* (que llaman ellos) de disolucion de *Córtés*, se encuentren en la secretaria del des-

pacho con el conde de Morella que les diga:
 «¡Cuánto me han hecho Vds. esperar, compa-
 ñeros! Desde las diez que estoy aquí aguardan-
 do. Mi voto ya queda consignado aquí. Vds. re-
 solverán lo que mas les acomode. Pueden Vds.
 quedarse, que yo me voy con la llamada Rei-
 na á dar un paseo de aquí á Segura, para que
 vea esta señora las obras nuevas que por allí
 se han hecho.»

Siga, siga este estado,
 Que es una gloria,
 Y los robos de niños
 ¿Qué nos importan?
 Mas quizá un dia
 Quien robó los dos niños
 Robe *dos niñas*.

Y entonces, *quid faciendum?*
 Mas nos quedaba
 El español consuelo
 «¡Quién lo pensára!»
 Bendita sea,
 La pasta de los hombres
 De esta mi tierra. (1).

!!! PODER DE DIOS Y CUÁNTOS CABALLOS !!!

Si para todos fue un espectáculo sublime la
 revista de las nuevas tropas de caballería en
 la tarde del domingo, figuréense vds. lo asom-

(1) Parece que los niños han sido hallados ya en
 Manzanares de la Sierra.

brado que estaria Tirabeque, que en su vida habia visto tantos caballos juntos. Colocado en la calle de Alcalá, primero desfilaban por delante de SS. MM., despues por delante de Tirabeque, el cual á cada escuadron que veia asomar se hacia una cruz de admiracion diciendo: «¡poder de Dios y cuántos caballos!» Llevaba mas de dos calvarios hechos, y todavia no acababan de pasar escuadrones. Se causaba de hacer cruces, y los escuadrones seguian pasando, sin trazas de verles el fin. «¿Cuántos has contado ya, Tirabeque? le preguntaba yo.—Señor, no llevo cuenta, pero pareceme que van ya tantos como cabezas de ganado se llevaron los facciosos de ahi de junto á donde ha estado esta caballería: asi sobre unos doce ó quince mil.—Eso es, echa caballos; pues qué; ¿te parece que los caballos son asi como mosquitos? Con que no son entre todos sino cerca de cuatro mil....—Señor, como hace una hora que están pasando.....—Si, pero hazte cargo que la caballería abulta mucho.

Pero has de observar lo bien vestidos que están, hombre! y esto en pocos meses, á pesar de las escaseces de nuestro erario. Pues mira, todo es obra del hermano Ferraz.—Diga vd., señor; ese Ferraz ¿es sastre?—No estás tu mal sastre: es el inspector del arma de caballería, á cuyo celo y laboriosidad se debe principalmente la organizacion de estos 36 escuadrones.—Como decia vd. que reparára en los vestidos, y que era obra del hermano Ferraz, por eso crei que era sastre.—Pues es el mismo inspector, que organizó los otros dos mil caballos que

se revistaron en este mismo sitio no hace un año todavía. Ya ves que con estos elementos que es imposible les tenga D. Carlos, poco cuidado nos debe dar la faccion, porque esta brillante caballeria con el resuello solo, como suele decirse, parece que debe acabar con todos los rocines de los enemigos.—Si señor, así parece, y esa es otra de las cosas que á mi me vuelven loco.. ¿No me explicará vd. cómo siendo los suyos pocos y malos rocines, y los nuestros muchos y buenos caballos, no acaban luego con ellos, sino que tan mal estamos un dia como otro, y acaso cada dia peor?—Amigo, á eso no tengo mas que decirte que lo mismo que decia la otra noche D. Simplicio Bobadilla en la Pata de Cabra cuando aquel mágico gigante se iba hundiendo debajo de tierra, que se quedaba mirando el boqueron por donde se hundia y esclamaba: «*¡Válgame Dios que profundas son las profundidades de lo profundo!*» —Tiene vd. razon, señor; yo tambien digo lo que ese D. Simplicio: «*¡qué profundas son las profundidades de los rocines y los caballos!*» —En efecto, Tirabeque; á todos nos tienen estas cosas hechos unos Simplicios.

Los suyos pocos rocines,
 los nuestros muchos caballos:
 ellos hacen lo que quieren,
 nosotros.... ves como estamos.

¡Válgame Dios que profundas son las profundidades de lo profundo! Pata de Cabra.

Imprenta de D. F. de P. Mellado, Editor.